

ELIN HILDERBRAND

# Verano del 69

*El año en que todo cambió para siempre*



ELIN HILDERBRAND

# VERANO DEL 69

Traducción de Juanjo Estrella

Título original: *Summer of '69*

© Elin Hilderbrand, 2019

© por la traducción, Juan José Estrella González, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Canciones del interior:

pág. 39: *Aquarius/Let the Sunshine In (The Flesh Fails)*; Buddha Records, 2000; compuesta por James Rado, Jerome Ragni y Galt Mac Dermot; interpretada por The 5th Dimension.

pág. 106: *Qué tiempo tan feliz (Those Were The Days)*; Apple Records, 1968; compuesta por G. Raskin; arreglo en español por J. Carreras; interpretada por Mary Hopkin.

pág. 134: *A Whiter Shade of Pale*; Bucks Records Limited, 2017; compuesta por Keith Reid, Gary Brooker y Matthew Fisher; interpretada por Procol Harum.  
págs. 284 y 407: *For What It's Worth*; Atco Records/Atlantic Recording Corp/Warner Music Group Company, 1966; compuesta e interpretada por Buffalo Springfield.

pág. 136: *Blowin' in the Wind*; Warner Records Inc, 1963; compuesta por Bob Dylan; interpretada por Peter, Paul & Mary.

pág. 141: *The Times They Are A-Changin'*; Sony BMG Music Entertainment, 1964; compuesta e interpretada por Bob Dylan.

pág. 314: *Suite: Judy Blue Eyes*; Atlantic Recording Corporation, 1969; compuesta por Stephen Stills; interpretada por Crosby, Stills & Nash.

pág. 454: *Fortunate Son*; Concord Music Group, Inc., 2011; compuesta e interpretada por Creedence Clearwater Revival.

Primera edición: junio de 2020

ISBN: 978-84-08-23003-8

Depósito legal: B. 8.737-2020

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Black Print

*Printed in Spain* - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

PRIMERA PARTE

**Junio de 1969**

## *BOTH SIDES NOW*

Se instalarán en Nantucket el tercer lunes de junio, como hacen siempre. La abuela materna de Jessie, Exalta Nichols, es partidaria de mantener las tradiciones, y más cuando se trata de costumbres y rituales relacionados con el verano.

El tercer lunes de junio Jessie cumple trece años, y la celebración pasará desapercibida. Sin embargo, a ella no le importa: nada puede celebrarse como Dios manda si Tiger no está.

Jessica Levin («se pronuncia “Leven”, con “e”», le dice siempre a la gente) es la menor de los cuatro hijos de su madre. Su hermana, Blair, tiene veinticuatro años y vive en Commonwealth Avenue. Está casada con un profesor del MIT que se llama Angus Whalen. Esperan su primer hijo, que nacerá en agosto, por lo que Kate, la madre de Jessie, tendrá que volver a Boston a ayudar y dejará a Jessie sola en Nantucket con su abuela. Exalta no es de esas abuelas cariñosas y alegres que hornean galletas y pellizcan con suavidad las mejillas. Para Jessie, todo contacto con ella es algo así como caerse de cabeza sobre una zarza; que se pinchará es seguro; de lo que se trata es de saber en qué parte del cuerpo, y la gravedad de las heridas. Jessie se ha planteado la posibilidad de regresar a Boston con Kate, pero la respuesta de su madre ha sido:

—Tú no tienes por qué interrumpir tus vacaciones de verano.

—No sería interrumpirlas —ha insistido Jessie.

La verdad es que regresar antes de tiempo sería salvar el verano. Sus amigas Leslie y Doris se quedan en Brookline y van a nadar al club de campo del que son socios los familiares de Leslie. El verano pasado, Leslie y Doris se hicieron más amigas en ausencia de Jessie. Su vínculo conformaba el lado más resistente del triángulo, y dejaba a Jessie en un terreno más inestable. Leslie es la abeja reina entre ellas, porque es rubia y bonita, y a sus padres, a veces, los invitan a cenar Teddy y Joan Kennedy. En ocasiones, Jessie y Doris tienen la impresión de que Leslie les hace un favor siendo su amiga. Tiene suficiente crédito social como para relacionarse con Pammy Pope y las chicas verdaderamente populares si así lo quiere. Si Jessie se ausenta todo el verano, es posible que Leslie desaparezca de su vida para siempre.

La otra hermana mayor de Jessie, Kirby, está en tercero en el Simmons College. Las discusiones que tiene con sus padres son escandalosas y fascinantes. Como lleva años escuchando las conversaciones de sus padres con discreción, Jessie sabe cuál es el problema básico: Kirby es un «espíritu libre» que «no sabe lo que le conviene». Ha cambiado dos veces de especialidad en Simmons, ha intentado crearse una a medida, la de Estudios Raciales y de Género, pero el decano se la ha rechazado. Y por eso ha decidido que sería la primera alumna en graduarse sin especialidad. No obstante, una vez más, el decano le ha dicho que no. «Me dijo que graduarme sin especialidad sería como asistir desnuda a la ceremonia de graduación —le contó a Jessie—. Y yo le dije que no me tentara.»

A Jessie no le cuesta mucho imaginar a su hermana avanzando hacia el estrado para recoger su diploma como Dios la trajo al mundo. Kirby empezó a participar en protestas políticas cuando todavía estaba en el instituto. Asistió a la marcha de Martin Luther King Jr. desde Roxbury, pasando por los peligrosos barrios de chabolas de Boston Common, donde el padre de

Jessie fue a buscarla para traerla de vuelta a casa. El año pasado, Kirby participó en dos protestas en contra de la guerra, y la detuvieron las dos veces.

¡Detenida!

A los padres de Jessie se les está agotando la paciencia con Kirby. Jessie ha oído a su madre decir: «No vamos a darle ni un centavo más a esa niña hasta que aprenda a no salirse de la raya».

En cualquier caso, Kirby ya no es su mayor preocupación.

Su mayor preocupación ahora es el hermano de Jessie, Richard, al que todo el mundo conoce como Tiger, porque en abril fue llamado a filas. Tras una instrucción básica, fue destinado a las Tierras Altas Centrales de Vietnam con la Compañía Charlie del 12.º Regimiento de la 3.ª Brigada de la 4.ª División de Infantería. Esta situación ha sacudido los cimientos de la familia. Todos creían que sólo los jóvenes de clase trabajadora iban a la guerra, no las estrellas del fútbol americano del instituto de Brookline.

En el colegio, todos empezaron a tratar a Jessie de otra manera desde que enviaron a Tiger a Vietnam. Pammy Pope la invitó al pícnic que su familia celebraba todos los años el Día de los Caídos (Jessie declinó la invitación en solidaridad con Leslie y Doris, que no habían sido incluidas), y la orientadora, la señorita Flowers, sacó de clase a Jessie un lunes, a principios de junio, para ver cómo le iba. Fue durante la asignatura de Economía Doméstica, y las demás chicas sintieron una inmensa envidia al ver que se iba y ellas seguían peleándose con las máquinas de coser en un intento por terminar sus chalecos de pana azul marino antes de que acabara el curso. La señorita Flowers llevó a Jessie a su despacho, cerró la puerta y le ofreció un té que preparó ella misma con un hervidor eléctrico. A Jessie no le gustaba el té caliente, aunque sí el café (Exalta le permitía tomarse un café con mucha leche los domingos a la hora del *brunch*, a pesar de las protestas de Kate, que creía que podía

afectarle el crecimiento), pero aun así disfrutó de aquella incursión en el acogedor despacho de la señorita Flowers. Aquella mujer tenía una caja de madera llena de tés exóticos (manzanilla, achicoria, jazmín), y Jessie escogió el sabor como si le fuera la vida en ello. Al final optó por el hibisco. El tono de la infusión era anaranjado, pálido, y eso que el sobrecito se había pasado varios minutos sumergido en el agua. Jessie le añadió tres azucarillos por temor a que no supiera a nada. Y tenía razón: sabía a agua azucarada de color naranja.

—¿Y bien? —dijo la señorita Flowers—. Creo que han reclutado a tu hermano. ¿Habéis sabido ya algo de él?

—Dos cartas —respondió Jessie.

Una la enviaba a toda la familia y contaba detalles sobre la instrucción básica, que, según Tiger, no estaba siendo «para nada tan dura como se lee por ahí; yo lo he tenido chupado». La otra la había enviado sólo para Jessie. No estaba segura de si Blair y Kirby también habían recibido carta, aunque más bien lo dudaba. Blair, Kirby y Tiger eran hermanos biológicos por las dos partes, hijos de Kate y de su primer marido, el teniente Wilder Foley, destinado al paralelo 38 en Corea y que, tras regresar a Estados Unidos, se había disparado por accidente en la cabeza con su Beretta. Aun así, Tiger se sentía más unido a su medio hermana, Jessie. De hecho, no se les permitía usar esos términos: *medio hermano*, *medio hermana*, *padraastro*... Kate se lo tenía totalmente prohibido, pero tanto si la familia optaba por reconocerlo como si no, lo cierto era que allí había una falla geológica: eran dos familias cosidas en una. Aun así, la relación entre Tiger y Jessie les parecía verdadera, plena, buena, y lo que él le decía en la carta se lo confirmaba. El encabezamiento hizo que se le saltaran las lágrimas: «Querida Messie».

—Las cartas son lo único que lo hace más llevadero —dijo la señorita Flowers, que en ese momento también tenía los ojos llorosos.

Su prometido, Rex Rothman, había muerto en la Ofensiva



del Tet el año anterior. Ella había faltado a clase durante una semana, y Jessie había visto una fotografía en el *Boston Globe* en la que la señorita Flowers aparecía junto a un féretro cubierto por la bandera de Estados Unidos. Pero en septiembre, al empezar el nuevo curso, parecía estar surgiendo un romance entre ella y Eric Barstow, el profesor de gimnasia. Él estaba tan musculado como Jack LaLanne. Todos los chicos lo odiaban y lo respetaban a partes iguales, y Jessie y las demás alumnas del colegio desconfiaban de él hasta que empezó a salir con la señorita Flowers: a partir de ese momento se convirtió de pronto en un héroe romántico. La primavera pasada lo vieron llevarle un delicado ramillete de lirios de los valles envuelto en una servilleta de papel húmeda, y, al salir de clase, cada día, él le llevaba los libros y las carpetas hasta el aparcamiento. Jessie los había visto juntos delante del Volkswagen Escarabajo de la señorita Flowers, que era de color naranja de Florida. El señor Barstow, mientras hablaban, apoyaba un codo en la capota del coche. Y una vez, cuando el autobús escolar se alejaba, los había visto besándose.

Hay gente —Jessie, sin ir más lejos— descontenta con el hecho de que a la señorita Flowers le haya parecido bien sustituir a su prometido muerto en menos de un año. Pero Jessie entiende que perder a alguien de manera trágica deja un vacío y, como han aprendido en la clase de ciencias naturales, a la naturaleza la horroriza el vacío. Jessie sabe que, tras la muerte de Wilder, su madre contrató a un abogado para que rebatiera la acusación de la compañía de seguros, para la que la causa de su fallecimiento era el suicidio; el abogado argumentó que Wilder estaba limpiando la Beretta en el taller del garaje y que la pistola se le había disparado por accidente. La distinción era importante, no sólo a efectos del seguro de vida, sino también para la paz mental de los tres hijos de Kate, aún muy pequeños: en ese momento, Blair tenía ocho años, Kirby, cinco, y Tiger sólo tres.

El abogado contratado por Kate (que consiguió convencer al tribunal de que la muerte había sido accidental) no era otro que

David Levin. Seis meses después de la resolución del caso, Kate y David empezaron a salir. Se casaron, a pesar de las vehementes objeciones de Exalta, y pocos meses después de la boda civil Kate se quedó embarazada de Jessie.

Como a Jessie no le apetecía hablar con la señorita Flowers de Tiger ni de Vietnam, para cambiar de tema dijo:

—Qué infusión tan buena.

La señorita Flowers asintió sin interés y fijó la vista en el pañuelo que llevaba metido por debajo del cinturón de su vestido para ofrecérselo a los alumnos en caso de necesidad (no en vano era consejera de unos adolescentes que tenían las hormonas y los sentimientos siempre fuera de control).

—Sólo quiero que sepas —dijo— que si alguna vez, durante la jornada escolar, te invaden pensamientos pesimistas, puedes venir a hablar conmigo.

Jessie bajó la mirada y la concentró en la taza. Sabía que no podría aceptar nunca el ofrecimiento de la señorita Flowers. ¿Cómo iba a hablarle de sus temores respecto de su hermano (que, por lo que sabía, seguía vivo) cuando ella había perdido a Rex Rothman, su prometido?

Todas las noches la atormentaba la idea de que Tiger muriera por el impacto de alguna granada, o de la metralla de las bombas, o de que lo hicieran prisionero y tuviera que caminar centenares de kilómetros a través de la selva sin comida ni agua, pero evitaba el despacho de la señorita Flowers. Consiguí no quedarse a solas con la orientadora hasta que, el último día, ella la interceptó cuando salía por la puerta y le dijo al oído:

—Cuando nos veamos en septiembre, tu hermano ya estará de vuelta en casa, sano y salvo, y yo ya estaré prometida con el señor Barstow.

Jessie asintió, y la cabeza rozó el lino áspero del suéter que llevaba, y al mirarla a los ojos vio que creía sinceramente en lo que decía, y durante un bello instante, Jessie también lo creyó.

7 de junio de 1969

Querida Messie:

Te escribo ahora porque quiero asegurarme de que esta carta llegue a tiempo para tu cumpleaños. Dicen que el correo sólo tarda una semana en llegar a Estados Unidos, pero cuando pienso en la distancia que debe recorrer, me digo que es mejor prevenir que curar.

¡Feliz cumpleaños, Messie!

Trece años ya, no me lo creo. Me acuerdo de cuando naciste. Bueno, en realidad sólo me acuerdo de que el abuelo nos llevó a comer helado a Brigham. Yo me pedí un cucurucho azucarado de dos bolas, de tofe, el maldito helado se me cayó al suelo y el abuelo dijo: «Oh, al diablo», y me compró otro. Yo no sé si tú te acuerdas de algo del abuelo, eras muy pequeña cuando la palmó, pero menudo tío. Antes de venir, la abuela me regaló su anillo de graduación de Harvard, pero aquí no nos dejan llevar anillos, así que lo llevo en el bolsillo del chaleco antibalas, lo que no es muy inteligente, porque si estallo en pedazos, el anillo se perderá para siempre; pero me gusta llevarlo cerca del corazón. No sé por qué, pero así me siento seguro, y, sí, ya sé que a lo mejor eso suena cursi, pero, Messie, si vieras las cosas que usa la gente aquí como amuletos de la suerte... Hay hombres que llevan cruces o estrellas de David; otros, patas de conejo; hay un tío que tiene la llave del candado de la bicicleta de su novia, otro lleva un as de picas con el que ganó una partida de póquer la noche antes de venir. Y yo tengo el anillo de graduación del abuelo, de Harvard, aunque no voy por ahí contándolo porque no quiero que los chicos crean que quiero presumir de ser de buena familia. Bueno, lo que creo que quiero contarte es que los soldados llevan cosas que creen que tienen poderes mágicos, o cosas que les recuerdan por qué quieren seguir con vida.

*Algunos de nosotros hemos demostrado ser supervivientes natos, lo que está bien, porque nuestra compañía está metida en plena acción. He hecho dos amigos de verdad aquí, en la Compañía Charlie: Rana y Cachorro (en realidad se llaman Francis y John). Los demás nos llaman el Zoo, porque todos tenemos mote de animales, aunque lo cierto es que tienen envidia de lo duros que somos. Los tres pasamos el rato con competiciones absurdas, como por ejemplo quién hace más flexiones en la rama de un árbol, quién aprende más palabrotas en vietnamita, quién se fuma antes todo un cigarrillo sin quitárselo de la boca. Rana es negro (grito ahogado: ¿qué pensaría la abuela?), es de Misisipi, y Cachorro es tan rubio y tan blanco que parece albino. Deberíamos haberle puesto de mote Casper, o Fantasma, pero esos apodos ya estaban cogidos por otros del regimiento, y como es el más joven del pelotón, lo llamamos Cachorro. Es de Lynden, Washington, ya casi en la frontera con Canadá, según él, zona de frambuesas: hay campos y más campos de frambuesas, gordas y jugosas. Cachorro echa de menos sus frambuesas, y Rana echa de menos la ensalada de col en vinagre de su madre, y yo echo de menos el helado de tofe de Brigham. Ya ves que somos un grupo de lo más variado, o una muestra representativa de nuestro gran país, si lo prefieres. Quiero a estos chicos con todo mi corazón, y eso que sólo los conozco desde hace unas semanas. Los tres juntos nos sentimos invencibles, nos sentimos fuertes y, Messie, ya sabes que no me gusta decir esto, pero sé que soy el más fuerte de los tres. Al principio creía que era porque el entrenador Bevilacqua nos obligaba a todos los del equipo a hacer tantos esprints y a subir todos aquellos escalones de las gradas del estadio, pero eso sólo te hace fuerte por fuera, y para sobrevivir aquí también tienes que ser fuerte por dentro. Cuando te toca ponerte al frente en la defensa de una posición, tienes*

*que ser valiente, pero valiente de verdad, porque es bastante posible que seas el primero en encontrarte con el Vietcong. Si hay fuego enemigo, la bala te va a dar a ti. La primera vez que me puse al frente de mi compañía, avanzábamos por un sendero de selva, los mosquitos rugían como leones, en plena noche, y un grupo de vietcongs, sin que nos diéramos cuenta, se nos pusieron detrás y le cortaron el cuello a Ricci, que cubría la retaguardia. Se inició un fuego cruzado y murieron otros dos de los nuestros, Acosta y Keltz. Yo salí ileso, pero con más de veinte picaduras de mosquito.*

*Me cuentan que en otras unidades hay loqueros que ayudan a los hombres a soportarlo, porque todo esto se te mete en la cabeza. Cuando salimos de misión, es casi seguro que al menos uno de nosotros va a morir. Que sea uno u otro es cuestión de suerte, como cuando estás en una feria y no sabes a qué pato de goma le darás con la pistola de agua. Cuando enseñaba a conducir a aquellos críos en Brookline, sabía que había una guerra, lo veía en la tele contigo, con papá y mamá, oía los recuentos de bajas, y nada de todo eso me parecía real. Pero ahora estoy aquí y me lo parece demasiado. Para superar los días hace falta fortaleza, una palabra de la que no conocía la definición hasta que llegué a este país.*

*De noche, cuando me toca guardia, o cuando intento dormir un poco a la vez que me mantengo alerta, me pregunto a quién de la familia me parezco más. ¿De quién será el ADN que me va a mantener con vida? Al principio creía que debía de ser del abuelo, porque él fue un banquero de éxito, o de mi padre, porque fue teniente en Corea. Pero luego, ¿sabes de qué me he dado cuenta? De que la persona más fuerte de nuestra familia es la abuela. Seguramente es la persona más fuerte del mundo. La pongo al mismo nivel de cualquier vietcong, de cualquiera de mis*

*mandos. Esa forma que tiene de mirarte cuando la decepcionas, como si no le llegaras a la suela de los zapatos... O esa manera de decirte: «¿Y ahora qué puedo pensar de ti, Richard?». Sí, ya sé que lo sabes, y por eso te da miedo ir a Nantucket, así que, por si te ayuda en algo a no sentirte tan mal, recuerda que las características de la abuela que te hacen desgraciada son las mismas que mantienen con vida a tu hermano favorito.*

*Te quiero, Messie. Feliz cumpleaños.*

*Tiger*

La noche antes de salir hacia Nantucket, Jessie y sus padres están sentados a la mesa de la cocina, compartiendo una pizza que no han sacado de la caja en que se la han traído a casa (Kate no ha podido preparar nada, ha estado demasiado ocupada haciendo el equipaje), cuando llaman a la puerta. Jessie, Kate y David se quedan inmóviles, como si estuvieran jugando a ser estatuas. Que llamen a la puerta a las siete y media de la tarde, inesperadamente, significa que... Jessie no puede dejar de imaginar a dos oficiales al otro lado, con las gorras en la mano, a punto de informar de algo que va a destrozar a la familia. Kate no se recuperará nunca; es muy posible que el parto de Blair sea prematuro; Kirby será la más histriónica y le echará la culpa, montando un gran escándalo, a Robert McNamara, a Lyndon Johnson y a su enemigo público número uno: Richard Milhous Nixon. Y Jessie... ¿Qué hará Jessie? Sólo se imagina disolviéndose como uno de esos Alka-Seltzer efervescentes que su padre echa al agua por las noches cuando trabaja en algún caso difícil. Se convertirá en un polvo fino y después explotará.

David se levanta de la mesa muy serio. No es su padre biológico, pero ha representado el papel de padre de Tiger desde que

era un niño pequeño y, en opinión de Jessie, lo ha hecho bien. David es delgado (juega al tenis, lo único que lo redime a ojos de Exalta), mientras que Tiger es alto y ancho de hombros, el vivo retrato del teniente Wilder Foley. David es abogado, aunque no de esos que gritan en los tribunales. Es un hombre calmado y comedido; siempre anima a Jessie a pensar antes de hablar. David y Tiger tienen una relación estrecha, casi de ternura, y Jessie está segura de que, mientras se dirige a la puerta, su padre siente náuseas.

Kate le coge la mano a Jessie y se la aprieta. Ella mira la mitad de la pizza que queda en la caja y piensa que, si su hermano está muerto, ninguno de ellos podrá volver a comer pizza nunca más, y eso sería fatal, porque es su comida preferida. Y acto seguido la asalta otro pensamiento todavía más inadecuado: si Tiger está muerto, no tendrá que ir a Nantucket con su madre y Exalta. Su vida quedará destrozada, pero, en cierto sentido, se salvará el verano.

—¡Jessie! —grita su padre. Suena molesto.

Ella se levanta y va corriendo a la puerta.

David mantiene abierta la mosquitera. Fuera, iluminadas por la luz del porche, están Leslie y Doris.

—Les he dicho a tus amigas que estamos cenando —dice David—. Pero, teniendo en cuenta que te vas mañana, te doy cinco minutos. Han venido a despedirse.

Jessie asiente.

—Gracias —susurra. Ve el alivio dibujado en la cara de su padre. No es agradable que una cena se vea interrumpida, pero el motivo de la interrupción es muchísimo mejor que el que todos se han temido.

Jessie sale al porche.

—Cinco minutos —insiste David antes de cerrar la mosquitera y entrar de nuevo en casa.

Jessie espera un poco a que el corazón vuelva a latirle a su ritmo normal.

—¿Habéis venido a pie? —pregunta. Leslie vive a dos calles. Doris, casi a diez.

Doris asiente. Tiene cara de pena, como de costumbre. Las gafas, con cristales de culo de botella, se le escurren hasta la punta de la nariz. Lleva sus vaqueros de pata de elefante con las flores bordadas en los bolsillos delanteros, cómo no: Doris vive metida en esos vaqueros. Pero, haciendo una concesión al calor, los ha combinado con un top blanco calado anudado en la nuca, que sería bonito si no fuera por la mancha de ketchup que luce delante. El padre de Doris es propietario de dos franquicias de McDonald's, y ella se pasa el día comiendo hamburguesas.

El aire es balsámico, y entre los árboles que flanquean la calle, Jessie ve los destellos de las luciérnagas. Oh, cómo le gustaría quedarse en Brookline todo el verano. Iría en bicicleta hasta el club de campo con Leslie y Doris, y a última hora de la tarde saldrían a comprarle unos polos al heladero ambulante. Pasarían el rato frente a las tiendas de Coolidge Corner y fingirían que se encuentran por casualidad con los chicos del colegio. Kirby le ha explicado a Jessie que ése es el verano en que los niños de su edad empiezan a crecer, por fin.

—Hemos venido a desearte un *bon voyage* —dice Leslie. Se fija bien para comprobar que no haya nadie detrás de Leslie, al otro lado de la mosquitera, y entonces baja la voz y prosigue—: Y, además, traigo noticias.

—Dos noticias, concretamente —añade Doris.

—La primera es que ya me ha venido —anuncia Leslie.

—Venido —repite Jessie, aunque sabe que se refiere a la regla.

Doris se pasa la mano por la barriga.

—Yo llevo un tiempo con dolores —dice—. Así que supongo que seré la siguiente.

Jessie no sabe bien qué decir. ¿Cómo ha de recibir la noticia de que una de sus mejores amigas ha dado el primer paso para ser mujer mientras ella, Jessie, sigue siendo absolutamente niña?



Siente envidia, una envidia endemoniada, porque desde «la charla» que vino a darles la enfermera del colegio el mes pasado, el tema de la menstruación ha ocupado todas sus conversaciones privadas. Jessie ya suponía que Leslie sería la primera de ellas en tener la regla, porque es la que está más desarrollada de las tres. Ya tiene unos pechos pequeños, firmes, y lleva un sujetador de adolescente, mientras que Jessie y Doris son planas como tablas de planchar. La envidia, la impaciencia y, algunos días, la angustia (ha oído la historia de una niña a la que nunca le vino la regla) son tonterías, y lo sabe. Sus dos hermanas se quejan mucho de sus respectivos periodos; Kirby lo llama «la maldición», término bastante adecuado en su caso, pues su aparición mensual se acompaña de migrañas y dolores que la debilitan y la ponen de un humor de perros. Blair es algo más delicada cuando se refiere a su regla, aunque desde que está embarazada ha dejado de ser un problema para ella.

«Ahora Leslie podría quedarse embarazada», piensa Jessie, una idea que le parece casi irrisoria. No tiene ganas de seguir hablando del tema: prefiere volver dentro y terminarse la pizza.

—¿Y cuál es la segunda noticia? —pregunta.

—Ésta —dice Leslie, alargándole un regalo cuadrado, plano, bien envuelto, que escondía detrás de la espalda—. Feliz cumpleaños.

—¡Oh! —dice Jessie estupefacta. Como todos los que cumplen años en verano, ya ha perdido la esperanza de celebrar el suyo como Dios manda con sus compañeros de clase. Acepta el regalo, que sin duda es un disco—. Gracias.

Le dedica una sonrisa a Leslie y después a Doris, que todavía tiene la mano sobre la barriga, protegiéndola de unos dolores menstruales imaginarios, y rasga el envoltorio. El disco es *Clouds*, de Joni Mitchell, como Jessie esperaba. Está obsesionada con la canción *Both Sides Now*. Es la más bonita del mundo. Podría escucharla cada segundo de cada día hasta el día de su muerte y no la aburriría.

Le da un abrazo a Leslie y otro a Doris, que le dice:

—Lo hemos comprado a medias.

Esa revelación parece destinada a suscitar un segundo agradecimiento, que Jessie dedica más específicamente a Doris. De hecho, a Jessie le alegra saber que han comprado el álbum, porque desde que hace dos semanas terminó el colegio, las tres se han dedicado con gran empeño a robar en tiendas. Leslie ha robado dos gomas de borrar de color rosa y una caja de colores de Irving's. Doris ha robado un *bagel* de huevo del día anterior en la panadería kosher, y Jessie, sometida a intensa presión por parte de las dos, ha robado una máscara de pestañas Maybelline del Woolworths que hay en Coolidge Corner, un delito mucho más arriesgado porque se dice que en Woolworths han instalado cámaras ocultas de seguridad. Jessie sabe que robar está mal, pero Leslie lo convirtió en un reto, y a ella le pareció que su honor estaba en cuestión. Cuando a Jessie le tocó el turno y entró en la tienda, sintió miedo, estaba aterrada, y de hecho empezó ya a pensar en una disculpa que dar a sus padres, atribuyendo su insensata decisión al estrés causado por el reclutamiento de su hermano, pero al salir de Woolworths con la máscara de ojos metida en el bolsillo de su gabardina, notó una descarga de adrenalina que, según ella, debía de parecerse mucho a la que se experimentaba al colocarse. ¡Qué bien se sintió! ¡Se sintió poderosa! Tan embriagada que paró en la gasolinera que había en la esquina de Beacon y Harvard, entró en el baño de señoras y se puso la máscara de pestañas allí mismo, mirándose en aquel espejo cochambroso.

La parte menos emocionante de la historia fue que Kate detectó que su hija llevaba los ojos maquillados en cuanto entró por la puerta, y al momento montó el tribunal de la Santa Inquisición. ¿Qué se había puesto en los ojos? ¿Máscara? ¿De dónde la había sacado? Jessie ofreció a Kate la única respuesta posible: era de Leslie. Jessie rezaba porque a Kate no le diera por llamar a la madre de su amiga, porque si ésta le preguntaba a su hija, las

probabilidades de que Leslie le cubriera la coartada eran del cincuenta por ciento.

Así pues, Jessie siente alivio al saber que el disco que acaban de regalarle no es robado. Si su madre se enterase alguna vez de que se dedican a robar en tiendas, la apartaría de manera permanente de la órbita de influencia de Leslie.

—¿Cuándo vuelves? —le pregunta esta última.

—El primer lunes de septiembre, el Día del Trabajo —responde Jessie—. Me parece que falta una eternidad. Escribidme. Todavía tenéis la dirección, ¿verdad?

—Sí —dice Doris—. Ya te he enviado una postal.

—¿Ah, sí? —se extraña Jessie, emocionada por ese inesperado acto de amabilidad de la arisca Doris.

—Te echaremos de menos —dice Leslie.

Jessie se lleva el disco al pecho y se despide de las dos, y acto seguido entra en casa. No ha sido la primera en tener la regla, y tal vez no sea la segunda, pero qué más da. Sus amigas la quieren (le han comprado algo que sabían que quería) y, más importante aún: su hermano sigue vivo. Durante un breve momento, cuando está a punto de terminar su año duodécimo, Jessie Levin es feliz.

A primera hora de la mañana, alguien llama con delicadeza a la puerta de su habitación. Su padre asoma la cabeza.

—¿Ya estás levantada? —le pregunta.

—No. —Se cubre hasta la coronilla con la sábana.

La sensación etérea de la noche anterior ha desaparecido. Jessie no quiere ir a Nantucket. Ni siquiera puede ver las cosas desde los dos ángulos; ahí sólo hay un ángulo, y es que, sin sus hermanos (y, más adelante, sin su madre), Nantucket va a ser un aburrimiento.

David se acerca a la cama. Lleva el traje azul marino, de verano, una camisa blanca y una corbata ancha de rayas naranjas

y azules. Se ha peinado bien los rizos de su pelo castaño oscuro y huele a trabajo, es decir, a *aftershave* Old Spice.

—Eh, tú —dice apartando las sábanas—. Feliz cumpleaños.

—¿Y no puedo quedarme aquí y me voy contigo a Nantucket sólo los fines de semana? —propone Jessie.

—Cariño...

—Por favor...

—Te lo vas a pasar bien —le asegura David—. Te lo vas a pasar más que bien. Va a ser un verano genial para ti. Trece años. Ya eres una adolescente, y vas a librarte por fin de la sombra de tus hermanos...

—Pero es que a mí me gusta su sombra —replica Jessie.

El verano anterior, Kate había obligado a sus hijos mayores a distraer a su hermana por turnos, una vez cada tres días. Blair siempre la llevaba a la playa de Cliffside. Compraban perritos calientes y batidos helados en Galley, y después se aplicaban con esmero el bronceador Coppertone mientras Blair pasaba las páginas de aquella novela de John Updike, *Parejas*, que incluía un intercambio de esposas. Blair le leía en voz alta a Jessie los párrafos más escandalosos. A Updike le gustaba la palabra *tumescencia*, y la primera vez que Blair la leyó, alzó la vista, miró a Jessie y le preguntó:

—Tú sabes lo que significa, ¿verdad?

—Sí, claro —dijo ella, aunque no tenía la menor idea.

Blair bajó el libro y declaró:

—No hay razón para avergonzarse por el sexo. Es algo del todo natural. Angus y yo lo practicamos todos los días, una o dos veces.

A Jessie, aquella información la intrigó y la repugnó a partes iguales, y desde entonces ya no había podido mirar a Angus con los mismos ojos. Era diez años mayor que Blair, era moreno y nunca tenía tiempo para peinarse porque estaba demasiado ocupado pensando. Siempre estaba resolviendo problemas de matemáticas, y a la abuela le caía tan bien que, cuando iban a

All's Fair, ella lo dejaba sentarse en la silla de cuero del antiguo escritorio del abuelo. Angus casi nunca iba a la playa, porque detestaba la arena y se quemaba con facilidad. A Jessie no le gustaba la idea de que Angus tuviera un apetito sexual voraz. Blair era lo bastante guapa e inteligente como para estar con el hombre que quisiera, pero se había casado con Angus y había renunciado a dar clases de Lengua Inglesa en Winsor para poder cuidar de la casa y de él. Ahora veneraba a la cocinera Julia Child y llevaba vestidos floreados de la marca Lilly Pulitzer, pero, en la playa, se portaba más como una tía traviesa que como una hermana mayor maternal. Fumaba cigarrillos Kent, que encendía con un mechero de plata de Tiffany que tenía unas palabras de amor grabadas y que era un regalo del hermano menor de Angus, con el que Blair había estado antes. Cada vez que salía del agua, volvía a pintarse los labios, y coqueteaba descaradamente con Marco, el vigilante de la playa de Cliffside, que era de Río de Janeiro. Blair sabía algunas frases muy concretas en portugués. Era todo glamur.

Kirby también llevaba a Jessie a la playa, aunque ella optaba por la costa sur, frecuentada por surfistas y hippies. Les sacaba un poco de aire a las ruedas del todoterreno Harvester, rojo bombero, que su abuela había adquirido para usar en la isla, y así podían llegar hasta la misma playa de Madequecham, donde cualquier día de sol era motivo de celebración. La gente jugaba a voleibol y sacaba latas de cerveza Schlitz de unos cubos de hielo de metal galvanizado, y el aire olía a marihuana. Siempre había alguien que llevaba un transistor, y escuchaban a los Beatles y a los Creedence, y también a los Steppenwolf, el grupo favorito de Kirby.

Según Jessie, Kirby era aún más guapa que Blair. Llevaba el pelo largo y liso, y si Blair era voluptuosa, Kirby era flaca como un palo. Los surfistas, que iban por ahí enseñando el torso, con los trajes de neopreno a medio bajar como mudas de piel, se la montaban sobre los hombros y se adentraban con ella entre las

olas. Ella protestaba a gritos, pero Jessie sabía que en el fondo le encantaba, y a diferencia de Blair, a Kirby no le importaba su aspecto al salir del agua. Ella no llevaba maquillaje, y dejaba que el pelo rubio se le secara al sol, sin peinárselo. Fumaba maría en vez de cigarrillos, aunque cuando cuidaba de Jessie daba sólo un par de caladas. Según ella, aquellas dos caladas la dulcificaban, y además así los efectos siempre se le iban antes de volver a casa.

Los días de Jessie con Tiger eran pura aventura. Iban en bicicleta hasta la laguna de Miacomet a pescar; subían a pie a Altar Rock, el punto más alto de la isla, y disparaban la escopeta de aire comprimido de Tiger. Pero su actividad favorita era jugar a bolos. Tiger era una leyenda en la bolera de Mid-Island, y lo había sido desde los doce años. Todos los lugareños lo conocían y querían jugar con él, e invitaban a Jessie a zarzaparrilla, que ella disfrutaba mucho, porque la única bebida con gas que Exalta toleraba era la soda mezclada con unas gotas de granadina, en el club, y aun así sólo le dejaba tomar un vaso.

La destreza de Tiger con los bolos resultaba sorprendente, teniendo en cuenta que sólo jugaban en Nantucket, y únicamente cuando llovía. Exalta no era partidaria de que los niños estuvieran en sitios cerrados los días soleados de verano. Aunque, claro, a partir del momento en que Tiger tuvo edad de conducir, podía irse a jugar a bolos donde quisiera. Los días en que se hacía cargo de Jessie, se la llevaba consigo, pero no le decían nada a Exalta, lo cual lo hacía todo aún más emocionante. Cuando Tiger alineaba la bola con los bolos y la soltaba mientras levantaba hacia atrás la pierna izquierda, era como si bailara. Se veía elegante, fuerte, preciso. Los bolos, casi siempre, caían a la primera. Los hacía desaparecer como quien quita la mesa. Jessie habría deseado que aquel don de Dios fuera genético y lo compartiera con ella. Pero por desgracia no era así: las bolas que lanzaba Jessie se desviaban a la derecha o a la izquierda y, al menos la mitad de las veces, acababan rodando por el surco lateral.

Jessie intenta imaginarse un verano en Nantucket sin sus hermanos. Se paseará por All's Fair con su lectura de verano: *El diario de Ana Frank*; bueno, eso cuando no esté recibiendo clases de tenis, en las que su abuela sigue insistiendo a pesar de que ella no tiene el más mínimo interés. Jessie no es tan malcriada como para definir de «espantosas» sus expectativas para ese verano en Nantucket, pero sigue sin entender que no pueda quedarse en casa, sin más.

Su padre, sentado en la cama, se saca del bolsillo una caja pequeña.

—En la tradición judía, cumplir trece años es un momento importante —dice—. Yo tuve mi bar mitzvá, pero como a ti no te hemos criado en la fe judía, tú no vas a celebrarlo. —Hace una pausa y aparta la mirada unos instantes—. De todos modos, sí quiero dejar constancia de lo importante que es esta edad.

Jessie se sienta en la cama y abre la caja. Es una cadena de plata con un colgante redondo del tamaño de una moneda de veinticinco centavos que tiene grabado el perfil de un árbol.

—El árbol de la vida —dice David—. En la Cábala, el árbol de la vida es un símbolo de responsabilidad y madurez.

Es un collar bonito. Y Jessie quiere a su padre más que a nadie, más incluso que a Tiger, aunque sabe que el amor no se puede cuantificar. Con su padre, le sale la vena protectora porque, aunque ella está emparentada con todos los miembros de la familia, David sólo tiene lazos de sangre con ella. A veces se pregunta si él piensa en ella, si se siente al margen. Y le encanta que su padre haya decidido reconocer ese vínculo que existe entre ambos. Ha oído que, para que alguien pueda ser considerado judío «de verdad», su madre tiene que ser judía, y si eso es así ella no lo sería, pero de todos modos siente una conexión con su padre —algo espiritual, algo que va más allá del amor normal— cuando fija el cierre de la cadena y el amuleto, pesado,

frío, le roza el cuello. No sabe si Ana Frank también tenía un collar con el árbol de la vida, pero llega a la conclusión de que, si lo tenía, seguramente lo escondió con el resto de las posesiones de la familia para que los nazis no se lo llevaran.

—Gracias, papá —le dice.

Su padre sonrío.

—Te echaré de menos, niña. Pero nos veremos los fines de semana.

—Supongo que como ahora, en teoría, ya soy responsable y madura, debo dejar de quejarme porque me voy —dice Jessie.

—Sí, por favor —asiente David—. Vamos a hacer una cosa: cuando vaya a la isla, nos vamos tú y yo a pie hasta la Sweet Shoppe, te compro un cucurucho doble de menta con pepitas de chocolate y te dejo que te quejes de tu abuela todo lo que quieras. ¿Trato hecho?